

DRAMAS ALEMANES

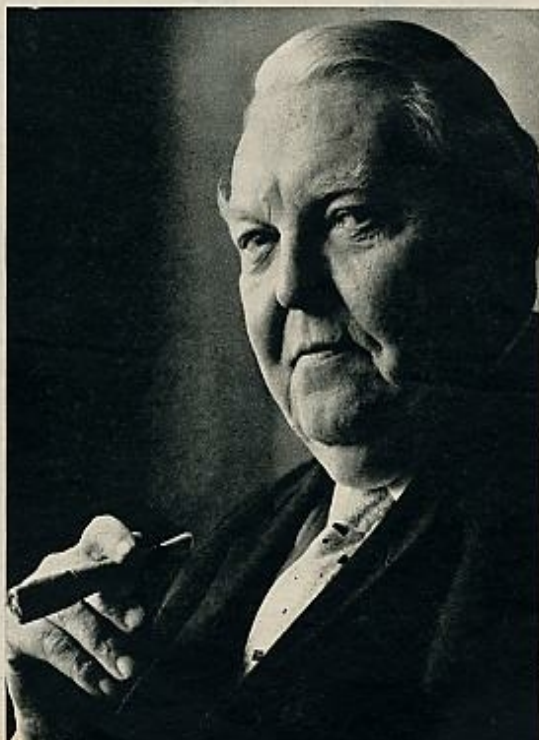
El príncipe Bernardo Von Bülow —a quien los españoles conocimos en la ocasión de la venta de las Carolinas y las Marianas, y más tarde en la Conferencia de Algeciras—, solía decir esta frase: «La Providencia ha dado a los alemanes numerosas y sólidas cualidades, pero ha olvidado darles el sentido político». Puesto que él era alemán y diplomático debía conocer bien el problema. Viendo el caos que ha creado Ludwig Erhard con su política en Oriente Medio, se comprende el valor de la sentencia de Bülow. Claro que hay que pensar que Adenauer es alemán y consiguió sacar Alemania de las cenizas para convertirla en lo que es hoy: la primera potencia militar y económica de la Europa Occidental, la segunda de todo el continente, después de la URSS. Y que Walter Ulbricht también es alemán, y acaba de obtener para su fracción de Alemania, la República Democrática Alemana, un importante éxito diplomático, al mismo tiempo que ha colocado su país en el segundo lugar en potencialidad económica del mundo comunista.

El caso de Erhard es trágico. Ya cuando llegó al poder, Adenauer pronunció una frase con el tono que empleaba en el cuento clásico la bruja que no había sido invitada al bautizo para maldecir al príncipe heredero: «¿Erhard? No sabe nada de política internacional». Ha bastado un año para confirmarlo. Con una maniobra desafortunada, Erhard ha vuelto contra Alemania Federal a dos potencias enemigas entre sí —Israel y Egipto—, ha dejado en duda la validez de la doctrina Hallstein —base de la política de Bonn: la doctrina Hallstein indica que se deben romper relaciones con toda potencia, excepción hecha de la URSS, que reconozca a la Alemania del Este—, ha descubierto importantes secretos políticos de los Estados Unidos, ha impulsado a todo Oriente Medio hacia los puntos de atracción comunistas, ha incomodado a todos sus aliados occidentales y ha dado un excelente triunfo a su tradicional enemigo, el régimen de Pankow —la capital de la Alemania comunista—. Todo de una vez. Y ello, en un año electoral: en el año en que él y su partido deben poner en juego la supervivencia de la «Democracia Cristiana», en las elecciones del 19 de septiembre. Precisamente la proximidad de las elecciones puede hacer pensar que los manejos de los partidos de la oposición hayan contribuido bastante al fracaso de Erhard; pero esto no le exime —al contrario— de ser juzgado por sus errores. Conviene, creo, contar el desarrollo de los acontecimientos del duelo Bonn-El Cairo. Son bastante aleccionadores acerca de la política de nuestro tiempo.

En el año 1960 se realizó un acuerdo entre la Alemania Federal y el Gobierno de Israel por el cual Alemania iba a regalar a Israel material de guerra durante cinco años. Este acuerdo lo hizo Adenauer con Ben Gurion en una entrevista que tuvieron en Nueva York, en el hotel Waldorf Astoria, y que se mantuvo secreta. La tesis oficial es ésta: Alemania, herida por un complejo de culpabilidad con respecto a los judíos, puesto que el antecesor de Adenauer, Adolfo Hitler, había exterminado entre seis y ocho millones de ellos, quería limpiar su conciencia. Alemania había vertido ya al Estado de Israel unos 3.000 millones de marcos, más 500 millones a la llamada *Conferencia on Jewish Material Claims against Germany*. Además de los casi 23.000 millones de marcos entregados por Alemania como reparaciones de guerra, unos 18.000 millones han sido entregados a víctimas judías. Posteriormente a la entrega y concesión de estas cantidades apareció la entrega gratuita de armas: el acuerdo del Waldorf Astoria. En realidad, según se revela ahora, este regalo de armas no procedía de Alemania, sino de los Estados Unidos: en el «acuerdo triangular» secreto, Alemania no representaba más que un pivote, que se encargaba de reexpedir a Te! Aviv las armas que recibía, para este fin, de los Estados Unidos. De esta forma, y mediante este secreto, los Estados Unidos no tenían necesidad de dar la cara y podían mantener una aparente política de amistad con los países árabes, al mismo tiempo que contrapesaban los envíos de armas que la URSS hacía a la RAU y otros países árabes. Es difícil decir hasta qué punto la Alemania de hoy es heredera y responsable de los crímenes de guerra nazis, como es también muy difícil saber hasta dónde el Estado de Israel puede considerarse heredero

moral de las víctimas de los campos de concentración. En términos de nuestros días, Alemania Federal y el Estado de Israel son dos elementos importantes de la estrategia de los Estados Unidos, y los dos representan el papel de muros de contención frente al comunismo: Alemania frente al comunismo claro y directo en Europa, Israel frente a la posibilidad de que el voluble Oriente Medio evolucione en su neutralismo hacia soluciones o alianzas comunistas. El papel de Israel quedó bien claro en el momento de la agresión franco-británica contra Egipto. Toda conexión de este Estado de Israel con las víctimas judías de los nazis será puramente sentimental y resultará hipócrita.

Al mismo tiempo que esta ayuda disimulada a Israel, Bonn practicaba una política de penetración comercial y científica en el mundo árabe y en general en el continente africano: con bastante éxito, puesto que la producción industrial alemana y la calidad de sus técnicos son indiscutibles, y porque hay una tradicional amistad entre Alemania y los pueblos árabes —y esta tradición es más posible de emparentar con el antisemitismo tradicional de estos países—. La revelación de la entrega de armas a Israel —y de los medios de utilizarla, puesto que Alemania recibe habitualmente oficiales israelitas a los que instruye en sus cuarteles— provocó una reacción inmediata de Nasser. Como todo el mundo sabe, las armas se dividen en dos: ofensivas y defensivas. El mismo fusil es defensivo según sea nuestro o de nuestros amigos, y ofensivo si es de nuestros enemigos o de los amigos de nuestros enemigos: así lo quiere la semántica de nuestros poco sinceros tiempos. Los tanques que Alemania enviaba a Israel se consideraban como armas defensivas; pero para Nasser son armas ofensivas. En cualquier caso, están destinadas a matar egipcios si el caso lo requiere, y esto unos lo estimarán justo y otros injusto, pero el punto de vista de El Cairo es indiscutiblemente negativo. Nasser comenzó a ejercer inmediatamente presión sobre Bonn para conseguir el cese del envío de armas. Su amenaza concreta era el reconocimiento de la República Democrática Alemana. Erhard pareció entonces hacer numerosas concesiones a Nasser; esencialmente, ofreció retirar la ayuda militar a Israel, con lo cual provocó inmediatamente la reacción de Israel contra Alemania. En ese momento, Erhard anunció públicamente que si Nasser persistía en invitar a Ulbricht a Egipto —visita que estaba aún en duda— retiraría su ayuda económica a la



El caso de Erhard es trágico. Adenauer había dicho: «¿Erhard? No sabe nada de política internacional». Ha bastado un año para que su opinión se confirmara.



**Por
EDUARDO
HARO
TECGLÉN**

Ulbricht y Nasser.
La República
Democrática
Alemana tiene hoy
relaciones
comerciales con
cincuenta países,
y relaciones
diplomáticas
normales
—Embajadas
o consulados—
con veintitrés.

RAU: lo cual forzó a Nasser a reiterar su invitación a Ulbricht para no «perder la cara». Y a advertir que la ayuda alemana a la RAU no es más que un préstamo «en condiciones usurarias», con un interés del 6 al 7 por ciento, y a asegurar que la actual ayuda alemana podía encontrarla en cualquier lugar. Al mismo tiempo, Nasser mantenía la teoría de que «los israelitas han matado ya tantos árabes como judíos mataron los alemanes», tesis absurda que no resiste el menor análisis. (Los judíos de Palestina son apenas un millón en total; por muy dura que haya sido la represión israelí, y lo ha sido, no se puede comparar con los seis a ocho millones de judíos asesinados en Europa. Aunque Nasser también niega que esa cifra sea exacta.)

No contento con todo lo dicho, Erhard decidió al mismo tiempo aplicar la doctrina Hallstein a un país africano, Tanzania —formado por Tanganyika y Zanzíbar—, que había decidido el intercambio de consulados con la Alemania del Este. Erhard retiró a Tanzania la ayuda económica y el resultado ha sido que los dirigentes de Tanzania han corrido a Pekín y han recibido una ayuda mayor. No es tampoco ajeno a Erhard y sus desdichados manejos en Oriente Medio el hecho de que Chu En-Lai haya anunciado —según dijo este último domingo la agencia de noticias de Oriente Medio— un viaje a los países árabes, especialmente a Egipto y al Irak. La catástrofe se está consumando.

Se puede buscar la responsabilidad de este desastre occidental en dos hechos: la incapacidad política de Erhard y el empeño en mantener la doctrina Hallstein, que no sirve ya para estos tiempos. Como dice un reciente editorial del «New York Herald Tribune» —17 de febrero—, en los últimos años la doctrina Hallstein ha sido más un perjuicio que una baza, y en realidad no ha sido estrictamente cumplida. En efecto, la República Democrática tiene hoy relaciones comerciales con más de cincuenta países, y estos acuerdos se van extendiendo a medida que la Alemania del Este progresa en el camino de su producción industrial. Además de estos cincuenta países con los que tiene tratados comerciales, mantiene Embajadas en trece, y consulados generales o consulados en otros diez —según una lista recientemente publicada por «Frankfurter Allgemeine Zeitung»—. Es grave que los más íntimos aliados de Alemania mantengan de una manera o de otra relaciones con Alemania del Este. Recientemente Francia ha concedido a la República Democrática créditos por un plazo de cinco años y ha firmado un acuerdo en el que prevé el aumento de intercambios comerciales en un treinta por ciento. El propio Erhard ha publicado un artículo, con su firma, en el «Boletín» —15 de enero de este año— en el que se indigna «contra las concesiones hechas en materia de créditos a la RDA por parte de los aliados occidentales de Bonn», y entiende que esta política retarda la necesaria unificación del país.

Así que, por una parte, la doctrina Hallstein embaraza a su propia inventora, la Alemania Federal. Pero por otra parte Adenauer supo navegar hábilmente con ella, y Erhard no sabe. La piel de canciller que dejó Adenauer al retirarse no le sirve a Erhard. No le va la dictadura vestida de democracia en que se convirtió la Constitución de Bonn tras los retoques que hizo «el viejo». Poco a poco, la situación interior —desde el punto de vista político— se ha ido deteriorando. Ha desaparecido cualquier forma posible de izquierda que sirva de balancín a la política conservadora, y empiezan a reapare-

cer en Alemania Federal algunas de sus más peligrosas formas políticas. Dos observadores esencialmente opuestos, el francés Georges Andersen y el americano C. L. Szulberger, se asustan ante el panorama interior alemán. De nuevo vuelve a hablarse de la cuestión de los sudetes, y la necesidad para Alemania de recuperar aquellas tierras que son checoslovacas desde hace más de cincuenta años; la cuestión de los sudetes, o protección de las minorías de habla alemana dentro de Checoslovaquia, forzó la segunda guerra mundial... Esta cuestión aparece en un manifiesto del partido social-demócrata, que pide «el derecho de los alemanes sudetes a disponer de su tierra y a la autodeterminación». En cuanto a la línea fronteriza Oder-Neise, fijada por la Conferencia de Potsdam —entregando a Polonia tierras que habían sido anexionadas por Hitler—, está otra vez en discusión. En general aparece como una aspiración de la mayoría alemana el regreso a las fronteras de 1937. Es decir, a lo que Hitler llamó el «Gran Reich», el Gran Imperio. Una encuesta hecha a principios de febrero reveló que un 43 por 100 de los alemanes consideraban estas fronteras como necesarias. La misma encuesta repetida a finales del mismo mes denotaba que la cifra había aumentado al 46 por 100. Un ex ministro —Strauss, de Defensa— estima que no solamente deben terminar los juicios por crímenes de guerra, sino que debe abrirse una serie de juicios contra «individuos de las fuerzas aliadas culpables de crímenes contra los alemanes en la postguerra». Un experto en cuestiones estratégicas del partido social-demócrata, Herr Schmidt, pretende «la reconstrucción de un gran estado mayor que se parezca como un hermano al del Kaiser». Al mismo tiempo aparecen olas de pensamiento contra los antiguos aliados, que no son capaces de encontrarse junto a Alemania en sus momentos difíciles, y que la dejan abandonada a los manejos de Nasser...

¿Quién se atreve a juzgar a Alemania? Desmembrada después de la guerra, dividida artificialmente, privada de sus mejores tierras, castigada con el hambre y la miseria, sometida al monstruoso Plan Morgenthau, aunque nunca llegara a realizarse —Morgenthau, secretario del Tesoro de los Estados Unidos, pretendió que Alemania se redujera a un país pastoril y bucólico como el que describían los poemas de Heine y las sinfonías de Beethoven—, moralmente destrozada, tiene que alimentar en el fondo propósitos revanchistas de la índole de los que en la otra postguerra permitieron la aparición de Adolfo Hitler. Del propuesto Plan Morgenthau se pasó al realizado Plan Marshall, a la creación de Alemania como fortín occidental, como guerrero mercenario al servicio de sus propios vencedores, de forma que se reconstruyó una cierta mentalidad de triunfalismo. Probablemente una Alemania neutralizada en Europa estaría hoy reunificada, como lo está Austria que no parece un peligro para nadie. Los mismos alemanes del Oeste ya no desean hoy su neutralización, puesto que desde ciertos puntos de vista se considera neutralización como humillación, como falta de densidad militar y política. En la postguerra, hubieran aceptado la idea con entusiasmo. Una vez más se demostró cierta la frase de Clemenceau: «Es más fácil ganar una guerra que ganar una paz».

(Fotos CIFRA y ARCHIVO)